

Borges, oral

► Edit. Emecé, 1979

por Marco Antonio Campos

Si Borges se ha resignado a considerar a Quevedo como el literato de literatos y a Reyes como el mejor prosista, quizá nosotros lo designaríamos como el clásico por excelencia, el clásico de clásicos de nuestra lengua. Todo lo que intentó (poesía, cuento, ensayo, crítica, traducción) lo hizo por lo general muy bien o demasiado bien. Podemos hallarle libros menores, libros de transición, pero no libros malos. En ese sentido, en su espléndido aspecto enciclopédico, en su manera de hacer las cosas siempre bien, me recuerda a Voltairre, a Wells, a Russell, a Camus. Sin la justa y hasta cierto punto enfadosa preocupación de Gide, podría decir como éste: "Sólo escribo para ser releído." Pero releído infatigablemente por escritores, porque a fin de cuentas, como le decía Sabato en su Diálogo, él es, como Reyes entre nosotros, un escritor para escritores, o menos concluyentemente, un escritor que es leído con mayor deleite y provecho por escritores. Un escritor que nos tiene —¿bien o mal?— acostumbrados a hacer grandes libros, lo cual resulta sin duda incómodo, porque uno espera del escritor que admira o venera el gran libro, su mejor libro, y el escritor no puede, aunque quiera —y qué bueno que quiera— escribir siempre obras maestras. Pero lo asombroso de Borges es su asombro ante esto; no cree, con excepcional y dramática sinceridad, ni ser escritor para escritores, ni que su obra valga la pena, ni que sean importantes fama, gloria o inmortalidad. Como si todo fuera —siendo como es un agnóstico— vanidad de vanidades, como si el hombre fuera hech-

para pasar y no volver, como si estuviera plenamente consciente de su muerte para siempre, de su insoportable y hermosa insignificancia. Y esto de algún modo es lo que hay detrás de los dos primeros ensayos de este gran libro de los 78 años (*Borges, Oral*: "El libro" y "La inmortalidad"), y que está vivo detrás del último, "El tiempo" —el tiempo, del que dice apreciativamente en el último párrafo que es el problema "que nos toca más que los otros problemas metafísicos. Porque los otros son abstractos. El del tiempo es nuestro problema."

Lo que importa de un escritor —y resulta penoso decirlo de tan sabido y repetido— no es que se llame Homero o Dante, sino los acontecimientos estéticos de *La Iliada* y *La Divina Comedia*, que sirven para que las generaciones de hoy y de siempre se deleiten, los lean y releen, y sean para ellos siempre una nueva lectura, un nuevo goce. Por eso Borges puede decir con William James que la inmortalidad es un problema menor de la filosofía, y concluir que después de la muerte no quiere seguir siendo Jorge Luis Borges, que quiere ser otro. (¿No es ésta una esperanza de trascendencia?) "Espero que mi muerte sea total, espero morir en cuerpo y alma."

El libro presenta dificultades para la crítica porque son ensayos que si bien tienen conexiones subterráneas, son más las diferencias. Los otros dos ensayos, por ejemplo, son sobre Swedenborg y el cuento policial. Tengo aquí a la mano el excelente libro que sobre el simbolismo publicó la crítica inglesa Ana Balakian hacia el 1967 y donde muestra las cadenas de la influencia swedenborgiana de la teoría de las correspondencias hasta su culminación con los simbolistas. Pero un ensayo sobre doctrina —ya que sus libros son virtualmente inconseguibles— no he leído sino hasta ahora en español. Confieso mi ignorancia abierta: no sé dónde se encuentren. Referencias, sí, múltiples; pero un trabajo a fondo, no. Dice Borges que la tercera iglesia —la que estaba seguro de haber inaugurado Swe-

denborg— no ha tenido el proselitismo que esperaba su teórico y proyectista, aunque haya buen número de adeptos en Estados Unidos, Inglaterra, Suecia y Alemania en la actualidad. Pero en países de lengua castellana su huella parece ser nula. Las visiones —¿proposiciones?— de Swedenborg para la salvación son intelectuales e interesantes: Dios no quiere condenar a nadie; los hombres eligen su destino *después* de su muerte. Hay ángeles y demonios que alguna vez fueron hombres: un paraíso intelectual y un infierno soportable perfectamente equilibrados. Los hombres pueden salvarse no sólo por la ética, sino por la inteligencia, a la que un gran alumno de Swedenborg, William Blake, sumó la de la creación artística.

El ensayo sobre el cuento policial tiene además de su valor indiscutible —aunque me parece inferior a los otros de este libro— interés por sus limitaciones. Borges, aquí, se detiene particularmente en Poe, en Conan Doyle, en Chesterton, y halla relaciones con las novelas cardinales de Wilkie Collins (*La dama de blanco* y *La piedra lunar*) y Stevenson (¿cuándo no habla de Stevenson?). Se queja de que ahora la novela policial haya perdido sus rasgos antiguos de dédalos mentales, y se haya contaminado de sexo y violencia. Es quizá cuestión de nostalgia, porque casi podría asegurar que Borges desde hace buen número de años no lee o lee muy poco novelas policíacas —él, que fue un gran lector de este género—, y no imagino realmente hasta dónde leyó o ha leído a Hammett, a Chandler o a Mac Donald, por poner tres casos. Me consta que sobre ciencia-ficción se detuvo más o menos por los años en que se dio cabalmente su ceguera, lo que nos hace colegir sin que supongamos que sea muy elogiabile la deducción, que los autores que menciona sobre estos dos géneros en la *Introducción a la literatura norteamericana* (1967) o fueron leídos por la mujer que le ayudó (Ester Zemborain de Torres) o consultados de segunda mano.

Hacia el 1969, abrumado por las recomendaciones, comencé a leer a Borges. Otros autores de adolescencia o juventud han sido abandonados: otros releídos de vez en vez; muy pocos han sostenido y aun aumentado el primer asombro, convirtiéndose en una cita y consulta constantes. Uno de ellos —el más— se llama Jorge Luis Borges.

